

PABLO VI FRENTE AL MODERNISMO

Fray Ricardo Fuentes Castellanos, O.P.

Hay que reconocer que el último Concilio no se convocó por la necesidad de apuntalar la doctrina de la Iglesia amenazada por peligros dogmáticos, ni de defenderla de ataques graves provenientes del exterior.

Pero sí se buscó en él una renovación interna de su vigor, una toma de conciencia y un conocimiento más profundo de sí misma, como nos lo recordó Paulo VI en su primera y magistral Encíclica "Ecclesiam suam", publicada entre la segunda y tercera Sesión del Concilio.

En esta Encíclica, y adelantándose a los acontecimientos que se protagonizaron en su tercera Sesión y que confirmaron estas palabras suyas, el Papa previno contra el excesivo influjo que sufre la Iglesia del mundo que le rodea, y en concreto de la mentalidad del llamado modernismo, que es la que predomina aún hoy en dicho mundo exterior.

A este propósito, nuestro colaborador el P. Fuentes Castellanos nos envía un interesante comentario.

—oOo—

Ya sea en el orden teológico, eclesiástico, social o político las luminosas enseñanzas de S. S. Pablo VI, son una confirmación de la línea tradicional de la Iglesia y un rechazo objetivo de los errores modernos.

Así en primer lugar Su Santidad en esta Encíclica que titula "Ecclesiam suam" —Su Igle-

sia— se refiere a la situación que prevalece en el mundo de hoy, con respecto del alejamiento de la religión de parte de muchos.

"Una parte de este mundo, como todos saben —dice el Papa— ha recibido profundamente el influjo del Cristianismo y lo ha asimilado íntimamente —por más que a menudo no se le cuenta que es al Cristianismo a quien debe sus mejores cosas—, pero luego se ha ido separando y distinguiendo en estos últimos siglos del tronco cristiano de su civilización".

Como lo indica Su Santidad, el mundo actual se ha ido separando del tronco de la civilización cristiana y por eso actualmente nos encontramos ante una tremenda crisis de valores morales y una gran desorientación en todos los sentidos de la vida.

Ya sea que observemos las modernas tendencias de la cultura, del arte, la política o la sociología, lo que encontramos es un tremendo alejamiento del sentido cristiano.

Desde que el Renacimiento, la Reforma Protestante, y la Revolución Francesa fueron minando las bases de la civilización cristiana, el mundo occidental ha ido perdiendo cada vez más su primacía y en cambio cada día está siendo más invadido por la mentalidad asiática del Comunismo. Por otra parte, la mentalidad moderna que ha hecho un culto de la técnica y de la ciencia materialista, es una mentalidad despersonalizada, donde cada día se va perdiendo

EL PROCESO POLITICO DE...

BIBLIOGRAFIA

XENOPOL.—"Teoría de la Historia".

BERR, Henri.—"LA SYNTHÈSE EN HISTOIRE".

HEGEL.—"FILOSOFIA DE LA HISTORIA UNIVERSAL".

SPENGLER.—"La DECADENCIA EN OCCIDENTE".

" —"AÑOS DECISIVOS".

" —"SEIS ENSAYOS".

MERRIAN.—"PROLOGO A LA CIENCIA POLITICA".

MAEZTU, Ramiro de.—"DEFENSA DE LA HISPANIDAD".

SALDANA, Quintiliano.—"LA REVOLUCION RUSA".

VEGA, Vicente. — "DICCIONARIO ILUSTRADO DE ANECDOTAS".

VALLADARES, Manuel. — "APUNTAMIENTOS SOBRE EL GENERAL RUFINO BARRIOS Y SU GOBIERNO".

GARCIA, Miguel Angel.—"DICCIONARIO HISTORICO-ENCICLOPEDICO DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR".

MENDEZ, Rosendo P.—"RECOPIACION DE LAS LEYES DE GUATEMALA"

CONGRESO DE GUATEMALA.—"333 DECRETOS, 1944-1947".

el ejercicio de la auto-reflexión y análisis, conformándose la mayor parte con seguir las tendencias e ideas en boga, ya sea en el orden cultural, como en lo político y social.

Si además de esta anomalía observamos cómo en nuestros ambientes latinoamericanos de superficial mentalidad cristiana, son siempre una minoría muy exigua los hombres que se han preocupado por adquirir una cultura y formación religiosa más profunda, el problema de la recristianización es más difícil. No obstante esta superficialidad de nuestro ambiente, conviene insistir sin cesar, que ya no basta ser católico de nombre, contentarse con un Catolicismo de ir a Misa los Domingos y después despreocuparse de la Religión, como si ésta no tuviera mayor importancia. Precisamente por esta superficialidad, y sobre todo por snobismo cultural muchísimos hombres, que recibieron una formación religiosa en su hogar, luego se hacen indiferentes y terminan en incrédulos y hostiles a la Religión. Por esta falta de una profunda cultura católica, por esta falta de conocimiento de los grandes autores del pensamiento cristiano y más que todo por el casi absoluto desconocimiento de las enseñanzas Pontificias en muchas e importantes materias, el hombre medio en Latino América se hace Liberal, Jacobino, Socialista o Comunista. La juventud universitaria ávida de novedades y de cambios irreflexivos es siempre propensa a entregarse a cualquier movimiento social y político que tenga un matiz "revolucionario", porque toda novedad fascina a los espíritus jóvenes e inexpertos, que se creen llamados a transformar el mundo, pensando que todas las generaciones anteriores han sido un rotundo fracaso.

Dada por otra parte la profunda ignorancia religiosa que existe en nuestro ambiente de escasa cultura, cuando el Papa Juan XXIII, de santa memoria, manifestó su deseo de buscar un acercamiento hacia los llamados "hermanos separados" —o sea los Cismáticos y Protestantes— y convocó el II Concilio Vaticano, muchos erróneamente pensaron que la Iglesia iba a cambiar en sus normas fundamentales.

Esta errónea creencia fue además alimentada y propagada por la prensa mundial, cuyos dirigentes, sin conocer ni poco ni mucho los fundamentos teológicos de la Iglesia, lanzaron al mundo una serie de informaciones a cual más tendenciosas respecto de las distintas opiniones manifestadas por los Padres Conciliares, llegando incluso a ridiculizar a eminentes Cardenales de la Santa Iglesia que no dejaron de exponer ciertas reservas para con ciertas opiniones, tal vez un tanto atrevidas y que en definitiva solamente el Santo Padre podría aprobar o rechazar.

En vista de estas opiniones que circularon por el mundo, S. S. Pablo VI en su mencionada

Encíclica, señala las dificultades que se le presentan a la Iglesia en la época o mundo actual, indicando claramente que "se engañan aquellos que tienen un conocimiento parcial de la naturaleza de la Iglesia y de su misión, sin tener en cuenta suficientemente los documentos de la revelación divina y las enseñanzas del Magisterio instituido por el mismo Cristo".

"Todos saben cómo la Iglesia está inmersa en la humanidad —dice el Papa—, forma parte de ella; de ella proceden sus miembros, de ella extrae preciosos tesoros de cultura, y cómo sufre sus vicisitudes históricas y también contribuye a sus éxitos. Ahora bien, todos saben por igual que la humanidad en este tiempo está en vías de grandes transformaciones, alteraciones y progresos, que cambian profundamente no sólo sus formas exteriores de vida, sino también sus modos de pensar. Su pensamiento, su cultura, su espíritu, vienen a modificarse íntimamente, ya con el progreso científico, técnico y social, ya también con las corrientes del pensamiento filosófico y político que la invaden y atraviesan. Todo ello, como las olas de un mar, envuelve y sacude a la Iglesia misma: los espíritus de los hombres que a ella se confían están fuertemente influidos por el clima del mundo temporal; de tal manera que un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos, imaginando como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida. Así por ejemplo, el fenómeno modernista —que todavía aflora en diversas tentativas de expresiones heterogéneas, extrañas a la auténtica realidad de la religión católica— ¿no fue precisamente un episodio semejante de predominio de las tendencias psicológico-culturales propias del mundo profano sobre la fiel y genuina expresión de la doctrina y de la norma de la Iglesia de Cristo? Ahora bien, creemos que para inmunizarse contra tal peligro, siempre inminente y múltiple, proveniente de muchas partes, remedio bueno y obvio es el profundizar en la conciencia de la Iglesia, en lo que ella es verdaderamente, según la mente de Cristo, contenida en la Escritura y la Tradición, e interpretada y desarrollada en la genuina tradición eclesial, la cual está, como sabemos, iluminada y guiada por el Espíritu Santo dispuesto siempre, cuando se lo pedimos y cuando le escuchamos, a dar indefectible cumplimiento a la promesa de Cristo: "El Espíritu, que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto Yo os hubiera dicho". (1) (Jn. 14,26).

(1) Puede verse el texto de la Encíclica "Ecclesiam dico". (Jn. 14,26). (1)